

RAGIF EDICIONES

Mc Namara, Rafael y Osswald, Andrés (eds.)

El enigma de lo trascendental: la relación Idea-intensidad

Buenos Aires: RAGIF Ediciones, 2022, 324 pp.

ISBN: 978-987-48149-9-9

DISEÑO: Juan Pablo Fernández

DISPONIBLE EN <http://ragif.com.ar/ragif-ediciones/> y <http://deleuziana.com.ar>

Volumen VIII de la serie

Deleuze y las fuentes de su filosofía, dirigida por Julián Ferreyra

RAGIF Ediciones

<https://ragif.com.ar/>

Este libro ha sido producido en el marco de los siguientes proyectos, dirigidos por Julián Ferreyra: UBACyT 2020-2022 “Los caminos cruzados de la filosofía política: Spinoza, Fichte y Deleuze”; PIP-CONICET 2017-2020 “La relación entre Idea e intensidad: el enigma de la ontología de Gilles Deleuze a partir de sus fuentes”; PICT 2021-2023 “Deleuze 1968-1980: continuidades y discontinuidades a partir de sus fuentes”.

El enigma de lo trascendental : la relación idea-intensidad / Gonzalo Santaya... [et al.] ; editado por Andrés Osswald ; Rafael Ernesto Mc Namara.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : RAGIF Ediciones, 2022.

324 p. ; 20 x 14 cm. - (Deleuze y las fuentes de su filosofía / Julián Ferreyra)

ISBN 978-987-48149-9-9

1. Filosofía Contemporánea. I. Santaya, Gonzalo. II. Osswald, Andrés, ed. III. Mc Namara, Rafael Ernesto, ed.

CDD 199.82



Esta edición se realiza bajo la licencia de uso creativo compartido o Creative Commons: "Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional". Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra, sin fines comerciales, bajo las siguientes condiciones: Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autores, editorial, ciudad, año), proporcionando un vínculo a la licencia e indicando si se realizaron cambios.

Índice

Página 11 PRÓLOGO

Constelaciones sombrías

Página 15 Riemann y Deleuze: la multiplicidad en los repliegues ideal-intensivos. **GONZALO SANTAYA**

Página 37 El falo y el *a* como precursores sombríos. Deleuze y Lacan en torno a la objetividad trascendental. **ANDRÉS M. OSSWALD**

Página 53 Las “masas amorfas” y el misterio de la implicación. Una lectura heterodoxa de Saussure como fuente de *Diferencia y repetición*. **MATÍAS SOICH**

Constelaciones temporales

Página 71 Samuel Beckett en *Diferencia y repetición*. **SOLANGE HEFFESSE**

Página 91 Estallido y violencia de la Idea. Acerca del acontecimiento en Deleuze y Péguy. **ESTEBAN COBASKY**

Página 113 Diferencia y bifurcación: Borges, el operador de la Idea. **PABLO ZUNINO**

Página 129 El Eterno retorno entre la ley de naturaleza y el devenir intensivo **VERÓNICA KRETSCHER**

Constelaciones de la repetición

Página 143 La interpretación derridiana del “Proyecto” freudiano en el sistema de *Diferencia y repetición*. **GERMAN DI IORIO**

Página 161 De la muerte, el placer de la repetición y la sensación en Freud y Deleuze. **IVÁN PAZ**

astronómicas sólo poseen sentido (para nosotrxs) desde la perspectiva terrestre, las que aquí ofrecemos son solo algunas posibles –las que hemos visto desde acá–; ellas mismas permanecen abiertas, siempre dispuestas a nuevos reagrupamientos.

Una empresa de esta naturaleza, con todo, corre el riesgo de pretender dar con una solución definitiva al que, entendemos, es el misterio más acuciante de la ontología desarrollada en *Diferencia y repetición*. Pero flaco favor haríamos a la comprensión del pensamiento deleuziano si en lugar de abrazar la complejidad que lo caracteriza nos limitáramos a ofrecer una interpretación unitaria, que neutralizara la insistencia del problema en nombre de una explicación plausible y tranquilizadora –no creemos que la filosofía deba ser edificante–. Nuestra intención, por tanto, no es ofrecer una imagen del pensamiento del filósofo –por más potente que ella sea– sino pensar en su inmanencia; vale decir, redescubrir el gesto creativo con que Deleuze lee a sus fuentes, tomando como excusa, por última vez, a la gran obra de 1968. Así, el texto deleuziano y sus fuentes se ensamblan en nuevas lecturas –algunas, incluso, a contrapelo de la propuesta por el propio Deleuze–, pero siempre bordeando lo que hemos llamado *el enigma de lo trascendental*. Podría decirse, entonces, que la relación Idea-intensidad es el *precursor sombrío* que motiva no solo el ejercicio colectivo del pensamiento (que este volumen sintetiza) sino que opera también como el elemento diferencial que reúne la serie de los capítulos entre sí, sin nunca agotarse en una palabra final y definitiva. Este libro constituye, en ese sentido, sólo un momento de detención del pensamiento, tan parcial y precario como se juzgue, pero que habrá cumplido su propósito si sirve para motivar otros nuevos; para recomenzar, una vez más, el ejercicio de pensar. Así también, creemos, la ontología se vuelve práctica.

RAFAEL MC NAMARA – ANDRÉS M. OSSWALD
General Fernandez Oro - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires, Marzo de 2022

Riemann y Deleuze: la multiplicidad en los repliegues ideal-intensivos

Gonzalo Santaya

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas –
Universidad de Buenos Aires

De las fuentes matemáticas que desfilan a lo largo de la obra de Deleuze, Georg Bernhard Riemann (1826-1866) es sin dudas la más potente. Desde la original interpretación de la distinción entre tipos de multiplicidades en Bergson (*El bergsonismo*) hasta la definición del plano de inmanencia en *¿Qué es la filosofía?*, pasando por los célebres conceptos de espacio liso y estriado en *Mil mesetas* o la concepción del enunciado en *Foucault*,¹ la presencia de la noción de multiplicidad o “variedad” de Riemann es una firme constante. De ahí que Manuel de Landa destaque la “longevidad” de este concepto deleuziano² –la cual es en efecto llamativa en el contexto de un pensamiento preocupado por innovar en su acervo terminológico, por crear conceptos siempre nuevos, por no anquilosarse en un corpus de nociones fijas. Y es que, de hecho, la multiplicidad parece ser ese núcleo fundamental, esa intuición pre-filosófica básica, que anima toda la producción deleuziana. En la multiplicidad, la filosofía está en su elemento. Hay que dar la mayor importancia a la definición deleuziana de la filosofía como una “teoría” o “lógica de las multiplicidades”.³

¹ Cf. Deleuze, Gilles, *Le bergsonisme*, París, PUF, 1966, p. 31-32; Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *Qu'est-ce que la philosophie ?*, París, Minuit, 1991, pp. 38-59; Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *Mille Plateaux*, París, Minuit, 1980, pp. 602-606; y Deleuze, Gilles, *Foucault*, París, Minuit, 1986, p. 22-23. En todos los casos, las traducciones a las citas son propias, excepto que se indiquen en nota los datos de traducción.

² De Landa, Manuel, *Intensive Science and Virtual Philosophy*, Londres, Continuum, 2002, p. 9.

³ Deleuze, Gilles y Parnet, Claire, *Dialogues*, París, Flammarion, 1996, p. 179; y Deleuze, Gilles, *Pourparlers*, París, Minuit, 1990, p. 201.

Es cierto que el término “multiplicidad” encierra un acervo de sentidos que excede la matemática. Sus ecos en filosofía son antiguos e importantes: negada por Parménides, despreciada por Platón, sometida por Kant... no es necesario abundar en ejemplos para descubrir que la multiplicidad ha sido un trasto incómodo a lo largo de la historia canónica del pensamiento occidental. Esto sin duda contribuye a volverla una noción que Deleuze se complace en reivindicar. Pero es bajo la impronta riemanniana que ella deviene su estandarte. Riemann es el matemático de las multiplicidades, y Deleuze, el filósofo de las multiplicidades; el filósofo que pretende crear “un concepto propio al espacio riemanniano”.⁴ El conjunto de nociones que orbitan las apariciones del término “multiplicidad” en *Diferencia y repetición* no dejan dudas. Me dedicaré a mostrarlo en las páginas que siguen, con la intención de iluminar el enigma que vivifica este volumen de *Deleuze y las fuentes de su filosofía*: la articulación entre los conceptos de Idea e intensidad.

Riemann en *Diferencia y repetición*

No obstante la importancia que acabamos de indicar, la centralidad de la figura de Riemann en la gran obra ontológica del 68 ha sido poco elucidada por los comentaristas.⁵ La causa de esto es probablemente que sus menciones explícitas son escasas: el nombre de Riemann, de hecho, no es nunca mencionado en todo el libro. Ninguna obra suya es citada. Es, más

bien, un espectro que recorre sus páginas, en las que solo contaremos dos veces el adjetivo “riemanniano”. En este sentido, la causa material (“¿qué dice concretamente Deleuze sobre Riemann?”) se nos agota en seguida, y la multiplicidad riemanniana deviene imperceptible, fácilmente olvidable en el fluir de las intensas páginas deleuzianas.⁶

Esto puede empezar a revertirse si nos adentramos en la “causa formal”: ¿con qué aspectos de la filosofía deleuziana se encuentra asociado Riemann? Esta pregunta nos revela que el matemático alemán es usado para caracterizar los conceptos de “problema” e “Idea”. En efecto, la primera mención se da en el Capítulo III, donde Deleuze invoca la intervención de Riemann en la historia de la geometría, identificándola nada menos que con la ruptura respecto a las ilusiones de la imagen dogmática del pensamiento:

Lo esencial es que, en el seno de los problemas, se hace una génesis de la verdad, una producción de lo verdadero en el pensamiento. [...] Para eso es suficiente con renunciar a copiar los problemas sobre las proposiciones posibles, y con renunciar a definir la verdad de los problemas por su capacidad de recibir una resolución. [...] Sin esa inversión, la famosa revolución copernicana no es nada. Por eso no hay revolución mientras uno se quede en la geometría de Euclides: es preciso llegar hasta una geometría de la razón suficiente, geometría diferencial de tipo riemanniano, que tiende a engendrar lo discontinuo a partir de lo continuo, o a fundar las soluciones en las condiciones de los problemas.⁷

No hay revolución copernicana mientras se permanezca en la geometría de Euclides. En ella, los teoremas –en tanto *verdades* de esa

⁴ Deleuze y Guattari, *Qu'est-ce que la philosophie?*, op. cit., p. 204.

⁵ Existen varios estudios que reconstruyen distintos aspectos de la presencia de Riemann en la obra deleuziana, centrándose en *El bergsonismo* o en *Mil mesetas*, y aun cuando toman en cuenta *Diferencia y repetición*, lo hacen más bien tangencialmente, supeditándolo a aquellas obras. Destacamos particularmente a Plotnitsky, Arkady, “Manifolds: On the Concept of Space in Riemann and Deleuze”, en Duffy, Simon (ed.), *Virtual Mathematics. The Logic of Difference*, Londres, Clinamen Press, 2006, pp. 187-208; y, sobre todo, el estudio de Jedrzejewski, Franck, “Deleuze et la géométrie riemannienne: une topologie des multiplicités”, en Ji, Lizhen, Papadopoulos, Athanase, y Yamada, Sumio (eds.), *From Riemann to Differential Geometry and Relativity*, Cham, Springer International Publishing, 2017, pp. 311-328.

⁶ Si bien no en *Diferencia y repetición*, Deleuze cita en *Le bergsonisme* (op. cit., p. 31-32) el texto de la conferencia de Riemann “Sobre las hipótesis que yacen como fundamento de la geometría”. En esa misma nota, Deleuze cita al matemático alemán Hermann Weyl. Más allá de estas dos menciones en el libro sobre Bergson, las obras de Albert Lautman y de Jules Vuillemin, que Deleuze utiliza en *Diferencia y repetición*, desarrollan las nociones de Riemann. Estas cuatro son, hasta donde sabemos, las fuentes que Deleuze tiene a la mano en el 68 a la hora de reconstruir su concepto de la multiplicidad (las cito oportunamente en el curso de este texto).

⁷ DR 247-248 (210).

ciencia— no se consideran como proposiciones generadas a partir de un proceso vivo de experimentación problemática, sino propiedades inherentes a las figuras, esperando ser develadas por el geómetra capaz de hacer las construcciones que lo eleven a la contemplación de su esencia.⁸ En este sentido, ella toma lo empírico por lo trascendental: concibe al espacio como un medio dado, homogéneo con ciertas propiedades de las figuras particulares construidas, sin problematizar las condiciones efectivas de ese constructivismo. Para explorar esas condiciones, será necesaria una “geometría de la razón suficiente”, como la riemanniana, que *engendra lo discontinuo a partir de lo continuo*. Y es que, en efecto, “[r]esolver es siempre engendrar las discontinuidades sobre el fondo de una continuidad que funciona como Idea”.⁹

Este *fondo de continuidad* nos conduce inmediatamente a la segunda aparición explícita del adjetivo “riemanniano” en *Diferencia y repetición*, la cual se da precisamente en la definición del concepto fundamental de Idea:

Las Ideas son multiplicidades, cada Idea es una multiplicidad, una variedad. En ese empleo riemanniano de la palabra «multiplicidad» (retomado por Husserl y también retomado por Bergson) es menester otorgar la máxima importancia a la forma sustantiva: la multiplicidad no debe designar una combinación de lo múltiple y de lo uno, sino, por el contrario, una organización propia de lo múltiple como tal, que de ningún modo tiene necesidad de la unidad para formar un sistema. [...] Cada cosa es una multiplicidad en tanto encarna la Idea. [...] Una Idea es una multiplicidad definida y continua de n dimensiones.¹⁰

⁸ Dice Deleuze: “Es una tendencia general de la geometría griega: por una parte, el limitar los problemas en provecho de los teoremas; por otra, el subordinar los problemas a los teoremas mismos” (DR 245 (208)). Sobre este punto, cf. Smith, Daniel, “Axiomatics and Theorematology as Two Modes of Formalization: Deleuze’s Epistemology of Mathematics”, en Duffy, Simon (ed.), *Virtual Mathematics, op. cit.*, pp. 145-168.

⁹ DR 248 (211).

¹⁰ DR 276-277 (236).

Todas las cosas son multiplicidades, en la medida en que *encarnan* multiplicidades. Más precisamente, encarnan *Ideas*, que son multiplicidades definidas, continuas, de n dimensiones. Este “empleo riemanniano” de la palabra “multiplicidad” supone una superación de su comprensión habitual, que se contenta con contraponerla a la unidad. Así entendidos, lo múltiple y lo uno forman los extremos de una oposición entre conceptos del entendimiento, incapaz de dar cuenta por sí misma del aspecto genético, problemático, pre-conceptual y sub-representativo, que produce esos términos discontinuos, extrínsecos y, por lo tanto, oponibles. En este sentido, la anterioridad ontológica de la multiplicidad la convierte en “la sustancia misma” —con toda la carga spinozista que este término conlleva, pero eliminando de él todo resabio de unidad o identidad previa a su diversificación: se trata de una *organización* propia de la multiplicidad en y por sí misma. Una auto-organización del múltiple que pone a la Idea *en* la cosa, como un principio diferencial de causalidad inmanente. Lejos de la rapsodia inconsistente, de la fragmentariedad improductiva y la pasividad dispersa, la multiplicidad es —parafraseando al autor de la *Ética*— *aquello que es en sí y se organiza por sí*.

La multiplicidad es entonces *Idea organizada*, Idea encarnada, actualizada en “cada cosa”. Pero las Ideas, según indicará también Deleuze, no se encarnan sino bajo la acción de *intensidades*, que expresan a las Ideas explicándose en extensiones y en cualidades, en las partes extensivas y las especies calificadas que determinan a cada cosa. Esto nos sugiere una suerte de complicidad o correlación entre la Idea y la intensidad en la génesis de la extensión y de los objetos que la pueblan. De hecho, desde la “Introducción” al libro, Deleuze —acercando las teorías de Kant y de Leibniz sobre el espacio— advierte que la génesis del espacio presupone un

elemento diferencial intensivo, síntesis de lo continuo en el instante, que bajo la forma de una *continua repetitio*, engendra

interiormente el espacio conforme a las Ideas [...], un elemento diferencial intensivo que opera la síntesis de lo continuo en el punto para engendrar el espacio desde adentro.¹¹

Ese paradójico elemento *diferencial intensivo* condensa en dos palabras toda la batería de conceptos ontológicos desarrollados en los Capítulos IV y V, entre los cuales la multiplicidad aparecerá como concepto articulador. De lo que se trata, entonces, es de mostrar cómo se produce esta auto-organización inmanente de la Idea en cada cosa bajo acción de ese elemento diferencial intensivo, causa inmanente que engendra *desde adentro* el medio de exterioridad recíproca de las cosas. Para mostrar esto, la geometría diferencial riemanniana posee varios tesoros por desenterrar...

Los fundamentos de la geometría y la noción de variedad

Vayamos entonces a la causa eficiente: ¿Qué dice Riemann? ¿Por qué despierta el interés de Deleuze? “Sobre las hipótesis que yacen como fundamento de la geometría”¹² es el texto donde el matemático alemán presenta su concepto de variedad o multiplicidad (*Mannigfaltigkeit*), cuya finalidad es develar las condiciones subyacentes presupuestas por las geometrías concebidas hasta entonces. En términos de Morris Kline:

¿Qué condiciones o hechos se presuponen en la propia experiencia del espacio antes de que nosotros determinemos por experiencia los axiomas particulares que se cumplen en el espacio físico? Uno de los objetivos de Riemann fue demostrar que *los axiomas particulares de Euclides eran empíricos* en

lugar de, como se había creído, verdades autoevidentes. [...] La búsqueda de Riemann por lo que es *a priori* lo llevó a estudiar el comportamiento local del espacio, o, en otras palabras, el enfoque de la geometría diferencial como opuesto a la consideración del espacio como un todo, como se encuentra en Euclides o en la geometría no euclídea de Bolyai y Lobachevsky.¹³

El espacio, tal como lo pensaron Euclides, Lobachevsky y Bolyai, es una multiplicidad continua de tres dimensiones. La diferencia principal entre la concepción euclidiana y la hiperbólica (representada por los dos últimos) es la de un cambio de *métrica*: el espacio aparece en ellas *curvado* de diferentes maneras, y la construcción de una figura y la comparación entre sus partes (segmentos lineales o arcos de ángulos) puede variar de acuerdo a su tamaño o la región que ocupa. La geometría de Euclides describe un espacio uniformemente plano (curvatura = 0), donde, por ejemplo, los ángulos internos de todos los triángulos suman 180°, o donde por un punto exterior a una recta pasa una y sólo una paralela a esa recta. La geometría hiperbólica supone, en cambio, un espacio de curvatura negativa; en términos generales, podemos hablar de espacios curvos cada vez que estemos en un “medio ambiente” geométrico que presente “anomalías” tales como: “la suma de los ángulos interiores de un triángulo es distinta de 180°, el cociente entre la longitud de una circunferencia y su diámetro es diferente de π , la regla para trazar un cuadrado no da una figura cerrada”,¹⁴ o bien, por un punto exterior a una recta pasan infinitas paralelas, o ninguna... El descubrimiento y ulterior estudio de este tipo de anomalías fue horadando el *hábito* científico y filosófico de considerar a la geometría euclidiana como la esencia del espacio físico, e inauguró el debate acerca de la estructura métrica del universo.

¹¹ DR 58 (40).

¹² El texto está basado en una conferencia dictada en la Universidad de Göttingen en 1854 para la obtención del cargo de *Privatdozent*. En lo que sigue, utilizo la versión francesa conocida y citada por Deleuze: Riemann, Bernhard, “Sur les hypothèses qui servent de fondement à la géométrie”, trad. Jules Houël, en Riemann, Bernhard, *OEuvres mathématiques*, París, Gauthier-Vilars, 1898. Las traducciones al español son propias.

¹³ Kline, Morris, *Historia del pensamiento matemático desde la antigüedad hasta nuestros días*, trad. Mariano Martínez, Juan Tarrés y Alfonso Casal, Madrid, Alianza, 1992, p. 1175; yo enfatizo.

¹⁴ Datri, Edgardo, *Geometría y realidad física de Euclides a Riemann*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, p. 75. Todo este libro desarrolla de modo breve, intuitivo y claro las concepciones básicas de las geometrías euclidianas y no euclidianas.

En este contexto, Riemann muestra que distintas métricas, es decir distintas formas de la extensión o distintas geometrías, coexisten bajo el concepto general de *magnitud*. En tanto magnitud, el espacio se convierte en un medio de experimentación que puede *deformarse* y adquirir distintas propiedades intrínsecas. Riemann señala que las aproximaciones previas a la geometría suponen al espacio como una magnitud continua de tres dimensiones, determinada por ciertos axiomas y definiciones nominales que definen las construcciones básicas sobre él, pero cuyas relaciones mutuas están “envueltas en misterio”.¹⁵ La concepción euclidiana es aún *demasiado empírica*; no se ve su enlace *a priori*, la necesidad interna que conecta sus principios. Este enlace proviene del concepto general de “magnitud de dimensiones múltiples, que comprende como caso particular las magnitudes extensas”.¹⁶

Riemann se dirige a una construcción filosófica del concepto de magnitud,¹⁷ como fundamento de todas las geometrías previas, que resultan casos particulares de ese concepto. En términos deleuzianos –recordemos–, la geometría de Euclides realizaba un calco de lo empírico a lo trascendental que bloqueaba una auténtica revolución copernicana, mientras que Riemann la alcanzaba al *engendrar lo discontinuo a partir de lo continuo*. Se trata, precisamente, de mostrar que los distintos *tipos* de espacios (geo)métricamente pensables, si bien cualitativamente diversos, discontinuos o externos entre sí, pueden ponerse como casos particulares de un proceso de variación continua (un juego de libre experimentación sobre la *curvatura* y la *métrica* del espacio).

La multiplicidad o variedad es precisamente una “magnitud de dimensiones múltiples”. El concepto de magnitud, según señala

¹⁵ Cf. Riemann, Bernhard, “Sur les hypothèses qui servent de fondement à la géométrie”, *op. cit.*, p. 280.

¹⁶ *Ibid.*, p. 280-281.

¹⁷ De hecho, apela humildemente a la “indulgencia de los lectores”, por no estar ejercitado “en trabajos filosóficos de esta naturaleza, cuya dificultad radica más en la concepción que en la construcción” (*ibid.*, p. 281).

Riemann, “sólo es posible allí donde existe *un concepto general que permita diferentes modos de determinación*. En tanto sea posible, o no, pasar de uno a otro de estos modos de determinación de manera continua, ellos forman una variedad continua o una variedad discreta”.¹⁸ Riemann llama *puntos* a los componentes de una multiplicidad continua, y *elementos* a los componentes de una multiplicidad discreta. Son discretas aquellas multiplicidades cuyos modos de determinación (o elementos) no pueden fusionarse entre sí, sino que son *numéricamente distintos*. Sus partes se determinan por numeración. En cambio, son continuas aquellas multiplicidades donde es posible operar un *pasaje continuo* entre uno de sus modos de determinación (un punto) y otro. Sus “partes” se determinan entonces recíprocamente por transporte y comparación de unas sobre otras, es decir: por una métrica.

Una magnitud continua se considera de *dimensiones múltiples* cuando la determinación de cada uno de sus puntos remite a una serie de cantidades diferentes: tantas como *dimensiones* posea dicha magnitud. Por ejemplo, un punto en el plano cartesiano es una magnitud de dos dimensiones, localizado mediante dos coordenadas (x, y). Pero esta noción general no se reduce al espacio geométrico:

Los estados de equilibrio de un gas perfecto se diferencian unos de otros por las variables independientes “presión” y “temperatura”, ellos forman entonces una multiplicidad de dos dimensiones, como los puntos sobre una esfera, o los sonidos simples, que se definen por la intensidad y la cualidad. Conforme a la teoría psicológica, los colores forman una multiplicidad de tres dimensiones porque, siguiendo esta teoría, la percepción del color está determinada sobre la retina por la combinación de tres procedimientos químicos: el negro-blanco, el rojo-verde, el amarillo-azul.¹⁹

¹⁸ *Ibid.*, p. 282.

¹⁹ Weyl, Hermann, *Espace, temps, matière. Leçons sur la théorie de la relativité générale*, trad. francesa

Así, la noción de multiplicidad continua no vale únicamente para el espacio como recipiente tridimensional, o, mejor aún, habilita una “espacialización” matemática de sistemas de distinto tipo: cromáticos, sonoros, gaseosos... De hecho, la noción general de multiplicidad deja abierta la posibilidad de espacios de dimensiones incluso infinitas. R^n simboliza el sistema de n coordenadas de números reales, donde n puede ser cualquier número natural. Desde luego, pensando en nuestro espacio fenoménico, la representación adecuada es imposible pasada la dimensión 3. Pero, matemáticamente, nada impide construir funciones de n variables independientes .

Ahora bien, estas dimensiones no necesariamente definen un medio ambiente rígido, global e internamente homogéneo, preexistente a sus construcciones, pues la geometría riemanniana sigue el enfoque diferencial y local ideado por Gauss. Es una geometría *diferencial* porque, al ser continuas (o *lisas*), las multiplicidades son *diferenciables* o *derivables* en todos sus puntos. Es decir que admiten la aplicación del cálculo diferencial e integral en cada una de sus partes. Y es un estudio *local*, porque se emplaza *adentro* del espacio estudiado, concibiéndolo como un medio flexible y deformable, cuya forma global se determina progresivamente conforme se realicen en él construcciones y desplazamientos mediante conexiones entre sus partes. En consecuencia, se borra la distinción entre espacio y figura, al tiempo que se analizan los modos de ligazón o composición entre las partes de la variedad de manera intrínseca. Estas partes son entonces teóricamente previas, pero, en la práctica matemática, son contemporáneas al todo que componen. Y no constituyen partes rígidas, como bloques o “átomos” preformados de espacio, sino partes flexibles, sub-conjuntos abiertos que se yuxtaponen y se solapan o superponen, y que pueden descomponerse en infinitas sub-partes o componerse en partes más abarcadoras.

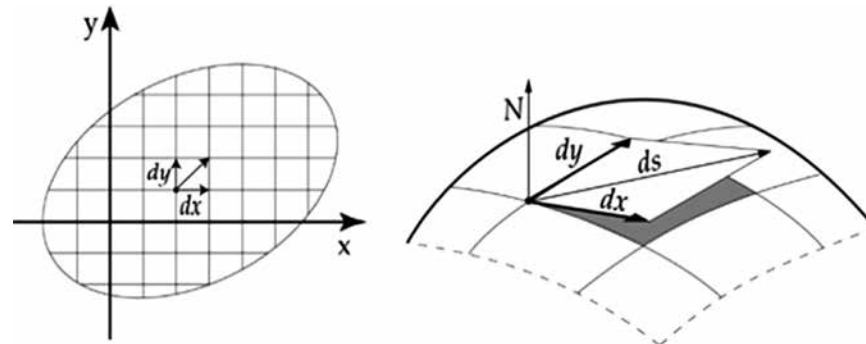


Ilustración 1: superficie situada en R^2 (izquierda) y considerada desde sus coordenadas intrínsecas (derecha). ds designa el elemento lineal sobre el plano tangente, y N el vector normal (perpendicular) a ese plano.

En este sentido, el enfoque diferencial asigna a cada punto por derecho su propio sistema de referencia o de coordenadas, el cual vale para su entorno o *vecindad*, el sistema de puntos infinitamente cercanos que lo rodean (como se muestra en la ilustración 1). No existe un sistema de coordenadas privilegiado. Al comunicar o transportar sistemas de coordenadas heterogéneos unos sobre otros, conectándolos, o encajándolos unos dentro de otros, se exploran las propiedades métricas de la multiplicidad. Técnicamente, esto se realiza mediante su carácter *diferenciable*, a través de una herramienta llamada *derivada covariante*, un tipo de derivación “por partes” de funciones de múltiples variables independientes, que permite calcular el transporte paralelo de un vector en un trayecto cerrado sobre una región de la multiplicidad (ilustración 2), y definir la estructura de la misma a partir de la comparación entre los estados inicial y final del vector. Albert Lautman resume elocuentemente todo esto:

Los espacios de Riemann se encuentran desprovistos de toda especie de homogeneidad. Cada uno de ellos se caracteriza por la forma de la expresión que define al cuadrado de la distancia de dos puntos infinitamente cercanos. Esta expresión es lo que se llama una *forma diferencial cuadrática*, que generaliza la fórmula euclidiana de la distancia entre dos puntos [...]. De

de Gustave Juvet y Robert Leroy, París, Albert Blanchard, 1922, p. 72; traducción propia.

allí resulta, como dice Cartan, que «dos observadores vecinos pueden localizar en un espacio de Riemann los puntos que se encuentran en su vecindad inmediata, pero no pueden, sin alguna convención adicional, localizar sus triedros de referencia uno con respecto al otro». Cada vecindad es, entonces, como un pequeño trozo de espacio euclidiano, pero el empalme de una vecindad con la vecindad siguiente no está definido, y puede efectuarse de una infinidad de maneras; el espacio de Riemann en su forma más general se presenta así como una colección amorfa de pedazos yuxtapuestos, sin ataduras entre ellos.²⁰

Este pasaje es rescatado por Deleuze y Guattari en *Mil mesetas* para definir al espacio liso como un puro *patchwork*, un espacio háptico o táctil que se construye progresivamente mediante la integración o composición de sus partes (en este caso, a través de funciones matemáticas). Es de destacar también la *forma diferencial cuadrática*, que (veremos) es referida por Deleuze en *Diferencia y repetición*, y que remite a la fórmula de la distancia entre puntos que Riemann asigna para definir el “elemento lineal” en los entornos infinitesimales de su multiplicidad: . Esta fórmula es una generalización de la expresión de la métrica euclidiana (basada en el teorema de Pitágoras) a un espacio de n dimensiones y expresada en términos de diferenciales. Cada vecindad es, pues, euclidiana, y la variedad es plana en sus partes infinitesimales, que forman así una serie de *planos tangentes* a la variedad sobre los que se definen los vectores.

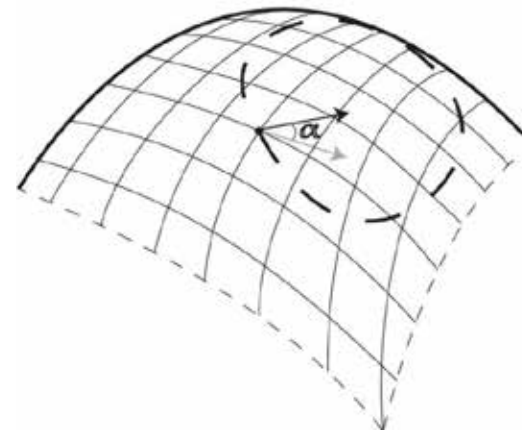


Ilustración 2: recorrido de un vector que traza una curva cerrada sobre la variedad manteniéndose paralelo a su posición inicial. El ángulo α muestra la diferencia entre la posición inicial del vector (en negro) y su posición final (en gris), e indica una “anomalía” en la curvatura del espacio.

A través de la construcción de funciones continuas que comunican los sistemas de coordenadas, de la derivación covariante y del transporte de vectores previamente referidos, se produce la *organización* de la variedad. La definición de su estructura métrica y, en consecuencia, de los modos de determinación efectivamente tolerados por ella (figuras geométricas, o colores, o sonidos, o estados gaseosos...), depende entonces de estas operaciones, que componen una forma a partir de la colección amorfa de vecindades. La forma de un espacio es entonces subordinada a los movimientos de un “observador” emplazado en el mismo, sustituyendo el punto de vista extrínseco y estático de la geometría tradicional. Esta sustitución será esencial para, volviendo a Deleuze, abordar la cuestión de la auto-organización inmanente de la Idea mediante su expresión intensiva.

²⁰ Lautman, Albert, “Ensayo sobre las nociones de estructura y de existencia en matemáticas” [1938], en *Ensayos sobre la dialéctica, unidad y estructura de las matemáticas*, trad. Fernando Zalamea, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, pp. 145-146. Citado en Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *Mille plateaux*, op. cit., p. 606.

La Idea como variedad definida, continua, n dimensional y *perplicada*

La caracterización de la Idea en términos riemannianos es acaso la más técnica y acabada que encontraremos para este concepto en *Diferencia y repetición*:

Una Idea es una multiplicidad definida y continua, de n -dimensiones. El color, o más bien la Idea de color, es una multiplicidad de tres dimensiones. Por dimensiones hay que entender las variables o coordenadas de las que depende un fenómeno; por continuidad hay que entender el conjunto de las relaciones entre los cambios de esas variables, por ejemplo una forma cuadrática de los diferenciales de las coordenadas; por definición hay que entender los elementos recíprocamente determinados por estas relaciones, que no pueden cambiar sin que la multiplicidad cambie de orden y de métrica.²¹

Deleuze da tres características de la multiplicidad: n dimensionalidad, continuidad, definición. Las *dimensiones* de la multiplicidad son las coordenadas, variables o ejes en relación a los cuales se determina un fenómeno, una magnitud, un punto, en suma, la “cosa” que encarna la multiplicidad. Fuera de esta encarnación, los elementos componentes de la multiplicidad son fragmentos virtuales, dx , carentes de toda “forma sensible”, “significación conceptual”, “función asignable” e “identidad previa”.²² Ellos poseen, sin embargo, un puro potencial de determinabilidad que se instancia en las coordenadas locales de la variedad, las cuales trazan direcciones posibles de variación para cada elemento, habilitando un principio de relación múltiple con los elementos indeterminados restantes. Una vecindad cualquiera de la 3-variedad “color”,²³ por ejemplo, puede variar (según la caracterización de Weyl citada en la sección anterior) en todo el

espectro dado por las combinaciones entre las direcciones negro-blanco, rojo-verde, o amarillo-azul.

En este sentido, la Idea es *continua*, entendiendo por esto “el conjunto de las relaciones entre los cambios” de sus variables o coordenadas. La continuidad ideal se vincula, entonces, no con cambios actuales de los fenómenos (por ejemplo, la transición continua percibida *entre* dos colores cualitativamente distinguidos), sino con el conjunto de relaciones que definen la totalidad de esos cambios o transiciones. El ejemplo del pasaje deleuziano es de Riemann: la “forma cuadrática de los diferenciales de las coordenadas” era la fórmula del elemento lineal básico en las partes infinitesimales de la variedad. Esta fórmula es una elección del matemático, pero otras formas de relación son posibles –adaptadas al caso de estudio en cuestión. Sin esta especificación electiva, los elementos de la multiplicidad no podrían ser conectados, perdiendo su potencialidad determinable. La variedad posee, entonces, una *lógica estructural*: sus elementos no subsisten independientemente de sus relaciones, que son entonces ontológicamente previas. No se trata de un conjunto de oposiciones o exclusiones mutuas entre elementos mínimos indivisibles, sino de una variedad de fragmentos positivamente indeterminados en conexión múltiple, conformando lo que Deleuze llamará una “multiplicidad *interna*”.²⁴ Con esto, nuestro filósofo busca plantear una unión paradójica entre la diversidad de las relaciones espacio-temporales y la interioridad de los conceptos del entendimiento, eliminando la exterioridad recíproca de las primeras y la identidad formal de los segundos. Sin embargo, permaneciendo en el nivel de estos fragmentos indeterminados y sus relaciones diferenciales, no poseemos medios de distinción *entre* los modos de determinación –por ejemplo, entre colores concretos, cualificados y extendidos en el espacio fenoménico.

²¹ DR 277-278 (236-237).

²² DR 278 (237).

²³ Convencionalmente se escribe n -variedad para una variedad de n dimensiones. En este caso, tres dimensiones.

²⁴ *Ibidem*.

Esto nos remite al tercer carácter, la *definición* de la multiplicidad: una multiplicidad es definida por “los elementos recíprocamente determinados por esas relaciones [de la continuidad], que no pueden cambiar sin que la multiplicidad cambie de orden y de métrica”. La definición de una multiplicidad deriva entonces de la *determinación recíproca* entre los elementos *indeterminados* que la componen, y redundan en la *determinación completa* de la misma. Se evoca con esto la lógica interna de la Idea como relación diferencial y sus tres momentos (desarrollada a comienzos del Capítulo IV de *Diferencia y repetición*),²⁵ y se la reenvía más allá, hacia su *actualización efectiva*. Esto se da en la referencia al “orden y la métrica” de la multiplicidad en tanto *definida*.

En el Capítulo IV, “orden” es un término técnico que remite a los diferentes campos simbólicos de resolubilidad que *expresan* el contenido problemático de la Idea: matemático, físico, biológico, psíquico, lingüístico, social...²⁶ Se trata de órdenes problemáticos o *dialécticos* –recuperando la noción de dialéctica desarrollada por Lautman– retroactivamente explorables desde esos campos *cualitativamente* diferentes. La noción de métrica, en su “empleo riemanniano”, era el modo bajo el cual las partes de las multiplicidades continuas se comparaban y determinaban *cuantitativamente*. El orden y la métrica, entonces, nos remiten a cualidades y cantidades, especies y partes extensivas.

Un cambio en los elementos diferenciales constitutivos de la multiplicidad redundan en un cambio de orden y métrica, o de los aspectos cualitativos y cuantitativos que la organizan, o de los fenómenos que la encarnan. Ahora bien, ¿cómo hablar de “cambios” de esos elementos diferenciales, si no es remitiéndolos ya a cambios actuales? ¿Cómo, sino desde el fenómeno coloreado, podemos suponer algo así como un “diferencial de color”? Parece que la variedad virtual no subsiste en sí misma ni puede dar cuenta de sí misma más

²⁵ Cf. DR 260-276 (221-228). Para un análisis detallado cf. Santaya, Gonzalo, *El cálculo trascendental. Deleuze y las fuentes de su filosofía IV*, Buenos Aires, RAGIF Ediciones, 2017.

²⁶ Cf. DR 273 (232).

que poniéndose en lo actual. Y, de hecho, Deleuze indica que la multiplicidad interna *debe* exteriorizarse: “una *relación [rapport]* diferencial debe actualizarse en *relaciones [relations]* espacio-temporales diversas, al mismo tiempo que sus *elementos* se encarnan actualmente en *términos* y formas variadas.”²⁷

Hay un imperativo de actualización impuesto a la Idea. Los diferenciales de color *deben* actualizarse en colores fenoménicos; la multiplicidad interna de relaciones diferenciales *debe* encarnarse en relaciones espacio-temporales diversas, extrínsecas. Pero la Idea, por sí misma, es incapaz de cumplir con esta exigencia:

Las Ideas se distinguen, pero de ningún modo de la misma manera en que se distinguen los términos y las formas en las que se encarnan. [...] Ellas conjugan la mayor potencia para diferenciarse [*se différencier*] con la impotencia para diferenciarse [*se différencier*]. [...] Proponemos el nombre de *perplicación* para designar ese estado distintivo y coexistente de la Idea.²⁸

En tanto variedad *perplicada*, la Idea nos muestra su aspecto “oscuro y confuso”, su incapacidad para producir diferencias actuales, extrínsecas, entre términos y formas extensivas, *definidas* cualitativa y cuantitativamente. Pero, dada esta incapacidad, el aspecto de definición (y, por lo tanto, de organización) de la multiplicidad permanece incompleto. El agente de la diferenciación, de la *exteriorización* de la multiplicidad interna en cualidades y extensiones, será la intensidad. Sobre esto, el espectro de Riemann en *Diferencia y repetición* tiene aún algo que decir.

Los pliegues de la multiplicidad intensiva

Desde su aspecto estrictamente conceptual, la multiplicidad continua riemanniana es tan *perplicada* como la deleuziana: puede contener *n* di-

²⁷ DR 278 (237).

²⁸ DR 283-284 (242).

mensiones, distintas relaciones métricas, se compone de elementos diferenciales en relación, pero esto no nos dice nada aún sobre la estructura concreta del espacio real. El concepto general de variedad de Riemann busca presentar una visión del espacio lo suficientemente amplia como para que ninguna estrechez de miradas perturbe la determinación de la naturaleza del espacio físico, de la estructura del universo (problema candente tras el descubrimiento de las geometrías no euclidianas). Hacia el final de su disertación, Riemann reflexiona sobre las aplicaciones físicas de su noción de variedad, y reconoce dos vías: “o que la realidad sobre la que se funda el espacio sea una variedad discreta, o que el fundamento de las relaciones métricas sea buscado fuera de él, *en las fuerzas de ligazón que actúan en él*”.²⁹ Es decir que, dada una multiplicidad continua (que es, en efecto, la alternativa seguida por Riemann en sus investigaciones sobre el espacio), su métrica *efectiva* debe ser determinada por fuerzas físicas, las cuales no solamente *habitan* el espacio, o la materia (que desde este punto de vista comienzan a devenir indiscernibles), sino que lo estructuran, ligando y determinando sus partes actuales. Los requisitos de la geometría impulsan a la “pura” variedad más allá de sí misma. Del mismo modo, sobre la *perplicación* ideal actúan fuerzas intensivas, como agentes de dramatización que le imponen un imperativo de actualización, *y se hacen cargo de él*, creando extensiones metrizable y cualidades extendidas correspondientes a las distinciones virtuales.

Ahora bien, tal como Riemann la plantea, una multiplicidad continua puede contener una métrica uniforme (así el espacio euclidiano), o *distintas métricas coexistentes*, en un espacio de *curvatura variable*.³⁰ En su desarrollo del concepto de intensidad, Deleuze explora

²⁹ Riemann, Bernhard, “Sur les hypothèses qui servent de fondement à la géométrie”, *op. cit.*, p. 297; cursivas mías. Será Albert Einstein quien recoja el guante y elabore un espacio físico basado en una 4-multiplicidad riemanniana, donde la gravedad es la fuerza de ligazón del espacio-tiempo.

³⁰ En este sentido, Jules Vuillemin (*La philosophie de l'algèbre*, París, PUF, 1962, p. 409) señala que ante una multiplicidad *n*-dimensional cualquiera, “puede que no dispongamos de elemento de medida; no podremos entonces comparar dos magnitudes a menos que una sea parte de la otra, y contentándonos entonces de juzgar que ésta es más pequeña que aquélla, sin poder decir cuánto.

esta posibilidad: “debemos distinguir dos tipos de multiplicidades, como las distancias y las longitudes: las multiplicidades implícitas y las explícitas, aquellas cuya métrica varía con la división y aquellas que llevan el principio invariable de su métrica.”³¹ Todo el Capítulo V de *Diferencia y repetición* se basa en argumentar a favor del carácter productivo de lo asimétrico (o implícito) y el carácter derivado de lo simétrico (o explícito, explicado). En tanto razón suficiente de las explícitas, las multiplicidades implícitas son *esencialmente* asimétricas, y conforman una unidad tal que, de dividirse, cambia de naturaleza –y por ende de métrica. Sus partes son heterogéneas al infinito; mientras que las partes de las multiplicidades explícitas son indefinidamente homogéneas. Allí donde reina una métrica homogénea no hay entonces poder de génesis, pero pueden indefectiblemente asignarse elementos de simetría (que definen las condiciones de una igualdad de medidas entre sus partes). La producción y re-producción de la extensión homogénea (metrizable) supone una profundidad intensiva donde reinan las asimetrías. Aún en el espacio más simple, más habitual, las dimensiones y las propiedades métricas suponen el desplazamiento de un observador situado en él, que transforma algunas de sus distancias en longitudes, homogeneizando la derecha y la izquierda, lo alto y lo bajo, la forma y el fondo.³²

Por lo que vimos, una multiplicidad cambiaba “de orden o de métrica” siguiendo un cambio en sus elementos diferenciales. Desde el punto de vista de la síntesis asimétrica, debemos añadir que los cambios de métrica suponen una división entre órdenes intensivos contenidos en la multiplicidad en tanto *implícita*. Esto nos indica una suerte de correlación entre los elementos diferenciales y los intensivos, una *afinidad* entre la multiplicidad interna y perplicada de la Idea, y la implícita de la intensidad,

[...] La medida deviene entonces posible de diversas maneras”.

³¹ DR 356 (306-307).

³² Cf. DR 343-344 (295-296) y, para un detalle exhaustivo de la ontología subyacente a esta génesis del espacio, el trabajo fundamental de Mc Namara, Rafael, *La ontología del espacio de Gilles Deleuze*, Buenos Aires, RAGIF Ediciones, 2022.

que más que dos tipos de multiplicidad, conforman dos aspectos, dos caras complementarias de una multiplicidad diferencial y genética. La intensidad se halla en un juego permanente de interiorización (*implicación*) y exteriorización (*explicación*) que exige y selecciona cada vez nuevas diferencias de la virtualidad *perplicada*. La pura potencialidad de producción de diferencias virtuales [différentiation] de la Idea era incapaz de diferenciación. Pero los movimientos de la profundidad intensiva vienen a encarnar aquella potencia, supliendo esta incapacidad, dividiéndose y extendiéndose de mil modos de acuerdo a los órdenes de esta división.

Enfocada en el seno de los sistemas matemáticos, Deleuze señala que la “síntesis recíproca dy/dx se prolonga en la síntesis asimétrica que liga y a x . El factor intensivo es una derivada parcial [...]”.³³ La intensidad se manifiesta como una relación asimétrica entre variables independientes (x, y). La “derivada parcial” corresponde a una diferenciación “por partes” de una función de múltiples variables independientes, de modo que se deriva alternativamente la función respecto a cada una de sus variables suponiendo a las restantes como constantes (a mayor cantidad de variables, podemos suponer un mayor grado de asimetrías internas a la función).³⁴ En los espacios de Riemann, esta operación es generalizada bajo la de “derivación covariante”, que, como vimos, sirve para explorar la forma y la métrica de una región de la multiplicidad (ilustración 2). La génesis de una cosa es, pues, contemporánea a la producción de su espacio métrico.

³³ DR 365 (315).

³⁴ Por ejemplo: sea la función U , que determina la energía interna de un sistema termodinámico en base a tres variables de estado (o factores extensivos): la entropía (E), el volumen (V), y la cantidad de materia (M). La primitiva $U(E, V, M)$ puede derivarse respecto a E , considerando el volumen y la materia constantes, lo que da la derivada parcial $\partial U/\partial E$, que define la temperatura del sistema; o bien derivarse respecto a V , $\partial U/\partial V$, lo que define la presión del sistema; o bien respecto a M , $\partial U/\partial M$, lo que define el potencial químico. Cada derivación parcial revela un aspecto de las variaciones posibles del espacio del sistema globalmente definido por la primitiva. Dado un sistema físico, puede definirse el factor *intensivo* como la derivada parcial de la energía del sistema respecto a alguno de sus factores extensivos (así lo hace Louis Rougier, una de las fuentes deleuzianas en lo relativo a la noción de intensidad en el Capítulo V). Sobre la noción de derivada parcial y derivada covariante, cf. Kline, Morris, *Historia del pensamiento matemático desde la antigüedad hasta nuestros días*, op. cit., pp. 666 y ss. Y 1488 y ss.

En resumen, y para volver a nuestra pregunta inicial acerca de la auto-organización inmanente de la Idea en su encarnación: una multiplicidad *se organiza* de diversas maneras bajo la acción de las relaciones asimétricas contenidas por fuerzas intensivas que la expresan. Una profundidad intensiva se explica en extensiones en la medida en que las asimetrías que ella envuelve, se dividen, y recurren al potencial de las relaciones entre los elementos indeterminados de la multiplicidad, para extraer determinaciones de su fondo perplicado, y desplegarlas en las partes extensivas y las cualidades actuales, en los órdenes y las métricas que definen a “cada cosa”.

Conclusión

“¿Para qué leer a Deleuze bajo el prisma riemanniano?”, pregunta la causa final. La noción de multiplicidad como yuxtaposición de fragmentos indeterminados que admiten diversas combinaciones, y que se combinan progresiva, intrínseca y localmente (hápticamente) en el trayecto mismo, es de por sí una constante de *estilo* en la composición textual y filosófica deleuziana. Más allá de esto, la intervención de esta fuente ilumina algunas aristas de la enigmática relación entre la Idea y la intensidad. La “ontologización” de la multiplicidad plantea al Ser como un *vaivén intensivo* que replica incesantemente entre lo virtual y lo actual, haciendo pasar el uno dentro del otro, y modificándolos mutuamente en procesos de individuación siempre renovados. En este movimiento, la intensidad *fuerza* a la Idea a producir y entregar diferencias, al envolver y expresar claramente una determinada relación diferencial de la misma. El vaivén intensivo se impulsa luego por sí mismo a la creación de espacios o al trazado de líneas correspondientes con esas diferencias ideales, desplegando un espacio actual. La intensidad constituye así las fuerzas de ligazón que Riemann reclamaba para dar una forma efectiva a la fragmentación amorfa de la variedad. Sin embargo, ella no podrá cumplir el deseo riemanniano de deter-

minar de una vez por todas la pregunta por *la* métrica adecuada al espacio físico. Pues, si en su “función envolvente”, la profundidad intensiva como derivada parcial se explica en una cierta forma de exterioridad (expresando claramente un determinado espacio métrico), al mismo tiempo, en su “función envuelta”,³⁵ ella está implicada en sí misma y adherida irremediamente al fondo problemático de las Ideas que se expresa en ella confusamente. De ahí que, en cada una de sus explicaciones, la intensidad como razón múltiple no cese de *interferir* con sus propias creaciones, como un *afuera* trascendental que produce siempre nuevos desequilibrios y asimetrías, y por lo tanto nuevas extensiones.

La ontologización de la multiplicidad nos conduce entonces hacia un empleo propiamente deleuziano, basado en su “inversión” nietzscheana de Spinoza.³⁶ La multiplicidad se define por un principio de inagotable auto-diferenciación y permanente auto-organización, que no existe por fuera de sus modos diversos, pero que insiste en ellos y los trabaja permanentemente, impulsándolos más allá de sí mismos en la producción de nuevos modos. Se plenifica así la intención de pensar al Ser como perpetuo diferir, como devenir en el Eterno Retorno. Bajo este devenir, en el cual el Ser se individúa de mil maneras, asoma cada vez ese “elemento diferencial intensivo” que lleva a cada métrica al *afuera*, a su estado de desmesura, y que opera la síntesis de lo continuo en el punto, generando un nuevo espacio *desde adentro*.

³⁵ Sobre el juego entre “función envolvente” y “envuelta” y los niveles de expresión de la intensidad, cf. DR 376 (325), y Ferreyra, Julián, “Individuación”, en Soich, Matías, y Ferreyra, Julián, *Introducción en Diferencia y repetición*, Buenos Aires, RAGIF Ediciones, 2020, en particular pp. 105-110.

³⁶ Cf. DR 79 (59-60).

El falo y el *a* como precursores sombríos

Deleuze y Lacan en torno a la objetividad trascendental

Andrés M. Osswald

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas-Universidad de Buenos Aires-Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales

El enigmático concepto de *precursor sombrío* tiene una aparición breve y potente en las diez páginas finales –las más intensas, quizás– del segundo capítulo de *Diferencia y repetición*. La noción es introducida a propósito de la diferencia que hace posible el despliegue de una intensidad. Deleuze escribe: “El rayo estalla entre intensidades diferentes, pero está precedida por un *precursor sombrío*, invisible, insensible, que determina de antemano su camino a la inversa, como en bajorrelieve”.¹ El precursor sombrío es lo que opera la conexión entre las series heterogéneas, pero lo hace sin ser un elemento común, una identidad oculta entre las diferencias, sino, más bien, algo que falta a su lugar. Pero es, justamente, por esa substracción esencial que lo caracteriza que un espacio intersticial –pero no por ello carente de determinación– puede abrirse y permitir el fluir de la intensidad: el rayo, se sabe, no cae en cualquier parte. Cada sistema, entonces, debe albergar en su interior precursores que encaucen las conexiones entre las series divergentes que los componen. Ahora bien, dado que diferentes sistemas encarnan diferentes Ideas, las características concretas que el precursor oscuro adquiera en cada caso cambiará según el contexto, pero su presencia –bajo el modo de la ausencia– es un rasgo estructural de la ontología deleuziana: es el objeto = x en torno al cual se suceden el juego de los disfraces y el eterno travestirse de la repetición. En las páginas que siguen nos ocuparemos, en particular, de dos objetividades que desempeñan este papel estructurante en el sistema psíquico: el falo y el objeto *a*. Veremos, entonces, cómo Deleuze recupera la elaboración lacaniana en

¹ DR 186 (156).